

Es un engendro que nunca debió nacer...

TENDREMOS QUE MATARLO

Una novela de
Miguel Campion

Ni sé si hieres con hierro, ni si quemas con fuego; sana dejas la ropa, lastimas el corazón. Haces que feo amen, y hermoso les parezca. ¿Quién te dio tanto poder?

“Tragicomedia de Calisto y Melibea”, Fernando de Rojas.

En vano te resistes, Medea: un dios, no sé cuál, se opone. Y es extraño, salvo que no sea esto, o algo sin duda muy parecido a esto, lo que llaman amor.

“Las metamorfosis”, Ovidio.

Estando en esto, me pareció, por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servía de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina había visto, y que uno dellos –como es la verdad– me dijo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: «Español, hazte a lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en ésta morir hecho pedazos por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quién es el que esto te dice, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras.»

“Los trabajos de Persiles y Sigismunda”, Miguel de Cervantes.

Todos los personajes, entidades y situaciones que aparecen en esta novela son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personajes, entidades o hechos pasados, actuales o futuros es simple coincidencia.

PRIMERA PARTE:

Los prisioneros

1

*Ciencia nuestra que explicas el Cosmos,
santificado sea tu Método,
venga a nosotros tu Imperio,
revélense tus Leyes
en toda dimensión del multiverso.
Danos hoy nuestros modelos y teorías,
perdona nuestros errores,
no nos dejes caer en la ignorancia
y líbranos de lo irracional.
Amén.*

Galileo Alcázar se pone de pie, después de rezar de rodillas su oración de todas las mañanas. Luego se pone su bata blanca con cuidado, como una vestidura sagrada. La prenda ciñe perfectamente sus músculos vigorosos. El blanco realza su rostro de mandíbula cuadrada, rasgos viriles y armónicos, piel clara, ojos azules y pelo dorado: la perfección genética en el ideal español. Galileo se arregla un rizo despistado que cae sobre su frente y sonríe al espejo. Está listo para comenzar la jornada. Abre la puerta de su despacho y se da de bruces con la comandante Pijuán.

–Profesor Alcázar, algo no va bien –dice, seria.

–¿Qué sucede?

–El voluntario 537.

–¿Qué le pasa?

Un espantoso grito les interrumpe. Un aullido desgarrador que llega desde el pabellón de los voluntarios. Galileo y la comandante Pijuán recorren el pasillo y entran en el gigantesco recinto sin ventanas, iluminado en tonos verdosos, lleno de muros de separación que forman una gigantesca cuadrícula hasta donde alcanza la vista. Caminan rápidamente hacia el voluntario 537, dejando atrás la sucesión interminable de cubículos. Todos los voluntarios están en sus puestos, conectados a sus dispositivos, sus bocas ocupadas por las sondas gástricas, sus anos anclados a la cadena de recolección de bacterias fecales. Todos menos el 537.

El voluntario se ha desconectado de su sonda gástrica. Esto no sorprende a Galileo: si la tuviera en la boca, el voluntario no podría gritar. El silencio es habitual en la nave de los voluntarios, solamente roto por sollozos ahogados: es difícil y doloroso llorar con sondas en la garganta y en el recto.

Galileo mira a los ojos del voluntario 537. Son unos ojos negros, brillantes, grandes, ligeramente rasgados. ¿A qué o a quién le recuerdan? Son hermosos como los de un ciervo, pero en ese momento preciso expresan dolor y desesperación. Todo el rostro del voluntario 537 parece transmitir ese sufrimiento: desde su pelo negro azabache, hasta su piel color oliva, su nariz ancha y sus labios gruesos.

–¡Por favor, déjenme ir! –suplica.

–Sabe que no podemos hacer eso –dice Galileo, aséptico.

–¿Por qué se ha desconectado del sistema? –añade Mol Pijuán; a Galileo le parece que está ligeramente irritada.

–No puedo más... El dolor es insoportable.

–Le subiremos la dosis de analgésicos –propone Galileo.

–¿Eso no sería un privilegio? –rebate Mol –. Un agravio para los demás.

–No quiero más dosis de nada. Quiero que me dejen ir.

–No puede marcharse: firmó el contrato –la comandante Pijuán parece definitivamente enfadada. Galileo puede percibir su cuerpo atlético y curvilíneo palpitando con inquietud bajo en el uniforme elástico del ejército español. Las perlas que lleva como pendientes tiemblan indignadas bajo el pelo de color rojo zorro.

–Espere un momento –Galileo trata de calmarla –, consultemos en intermind.

Galileo y Mol lo solicitan mentalmente y acceden a la vez a los contratos de los voluntarios. El 537 firmó el suyo hace menos de un año. No puede marcharse hasta que pasen al menos dos años más. El contrato lo estipula claramente: el esfuerzo realizado para modificar genéticamente las bacterias fecales de los voluntarios requiere que estos permanezcan a disposición de la empresa durante un mínimo de tres años. Eso también explica su alto grado de emocionalidad, ya que el experimento impide que tomen antihormonas. Por eso lloran y se quieren marchar, aunque no deban.

–Ya sé lo que dice el contrato, pero no puedo más... Por favor, déjenme ir, déjenme morir en libertad.

–Haberlo pensado antes de firmar –dice Mol, tajante –. Nosotros no podemos hacer nada.

Galileo observa las mejillas sonrosadas de Mol, excitada por el enfrentamiento. Mira después las ojeras oscuras y pronunciadas del 537. Algo en su interior le dice que aquello no es correcto. Algo irracional, impreciso. Su mente rechaza el pensamiento. Accede a través de intermind al informe médico del voluntario. Parece haber perdido demasiada sangre en las últimas horas.

–Por favor, vuelva a conectarse a su dispositivo. Vamos a ver qué podemos hacer, ¿de acuerdo? –Galileo mira de nuevo a los ojos del voluntario: ¿a quién le recuerdan?

–Profesor Alcázar, no podemos hacer nada y usted lo sabe –Mol está desconcertada y molesta.

–Vamos a mi despacho –Galileo hace una seña a Mol y comienzan a desandar el camino a través del pabellón.

–¡No, por favor, no se vayan! ¡Déjenme ir! –el voluntario sigue gritando, pero le ignoran.

Cuando entran en el despacho, Mol interroga a Galileo con la mirada.

–He revisado sus parámetros médicos. Está perdiendo demasiada sangre.

–Eso no afecta a la calidad de sus heces.

–Cierto, pero junto con el dolor, puede ser síntoma de alguna enfermedad en el voluntario. Podríamos perderlo si no hacemos algo. Voy a revisar todos sus indicadores a ver si puedo encontrar la razón o por lo menos aliviar su dolor.

–¿Y si no lo consigue? No podemos dejarlo marchar como él pide.

–No, eso no es posible. El experimento lleva funcionando correctamente todo el año. Hasta ahora no nos habíamos encontrado un caso como el suyo.

–Puede poner en riesgo todo el proyecto. Puede contagiar a los demás.

–¿Cómo sabe que es contagioso?

–Las ganas de irse de aquí pueden contagiarse fácilmente.

–Lo arreglaré.

–¿Y si no lo consigue?

Galileo se encoge de hombros. Mol y él entran en intermind, buscan el reglamento y encuentran el procedimiento a seguir en caso de enfermedad grave de uno de los voluntarios. Mol subraya mentalmente una línea y se la muestra a Galileo:

–Habrà que sacrificarlo –dice Mol, y Galileo cree ver un amago de sonrisa en las comisuras de sus labios rojizos. Sus ojos brillan con la misma frialdad que las perlas que cuelgan de sus orejas.

La comandante Pijuán deja solo a Galileo. Está un poco confundido, el día ha comenzado mal a pesar de sus plegarias. Sabe que la vida de un individuo humano no puede estar nunca por encima de la Ciencia ni de la Patria. Sabe que ese hombre firmó un contrato como voluntario aceptando todas las condiciones, incluido su sacrificio si llega el caso. Sabe que su deber es lograr el éxito del proyecto, optimizar la producción de energía basada en bacterias fecales modificadas genéticamente, y no preocuparse por el bienestar de uno de los voluntarios, pero esa mirada...

¡Claro! Esa mirada es igual que la de Pitágoras, el hijo de los Farfalle, sus caseros, su familia adoptiva en Argentina. A eso le recuerdan los ojos del voluntario: a Pitágoras, que es casi como un hijo para él... ¿podría permitir que a él le sucediera algo tan horrible? Pitágoras, que es prácticamente un hermano para su hija Célula. Galileo no dejaría que eso le sucediera a su hija. ¿Por qué el voluntario 537 debería ser diferente?

2

Los amplios ventanales de la sala de reuniones de la base Elgor muestran un horizonte lejano de cumbres nevadas que contrasta con el interior funcional y grisáceo, de líneas rectas. Sentados en la larga mesa, los miembros del proyecto hispano-argentino de optimización de energía de origen bacteriano escuchan hablar a su director.

Galileo se distrae pensando que el tipo se parece a una rana cavernícola, un feo batracio blanquecino de ojos insolentes y estúpidos. Pero reprime rápidamente ese pensamiento: debe respetar la jerarquía. Escucha al director, Galileo. Sé profesional.

—Por eso —su voz es chillona y destemplada —no nos podemos permitir ni un solo error. Todo debe estar en perfecto estado para la visita de Su Excelencia la Presidenta Viuda de Argentina.

Galileo visualiza una foto de la Presidenta Viuda en intermind. Admira a Cristina, como la llama cariñosamente el pueblo, porque defiende con uñas y dientes a Argentina, habla con pasión de su país, tiene unos ojos bellos y grandes... Siempre recuerda con veneración a su marido fallecido, el presidente Richter. Quizá por eso Galileo se identifica con ella. Él también es viudo. Aunque su historia es bien distinta, amargamente.

Galileo en ocasiones, cada día más, preferiría ser argentino. Cristina González es mucho mejor gobernante que Marañón Morey, ese mediocre e inútil burócrata que trepó hasta conseguir ser primer ministro de España, más por quedarse quieto y resistir que por sus propios méritos. Además, es desagradable de ver y de escuchar... Pero atiende, escucha a Valiente, Galileo. ¿Por qué estás tan distraído? Es un imbécil pero es el director.

—No solo está en juego la continuidad y el éxito de nuestro proyecto. Las propias relaciones entre España y Argentina pueden resentirse si cometemos errores. Recuerden cuánto nos costó volver a confiar los unos en los otros después de la última expropiación.

Galileo lo sabe, lo ha oído mil veces. La base Elgor es un puntal en las relaciones hispano-argentinas. Después de la prohibición mundial de los combustibles fósiles, todos los esfuerzos científicos por hallar nuevas fuentes de energía son necesarios. Por ese motivo, Argentina y España decidieron colaborar y beneficiarse mutuamente. Primeramente aprovecharon la vieja base extractora de gas y petróleo, convirtiéndola en un laboratorio que producía energía a través de la fermentación de las algojas, ese híbrido de alga y soja tan abundante en los océanos tras la Tercera Guerra Mundial. Y actualmente estudian las posibilidades energéticas de las bacterias fecales modificadas. Por eso los genetistas como Galileo son tan importantes para la prosperidad de sus países. La mierda será el nuevo petróleo.

Pero, ¿por qué está tan distraído en la reunión? La cara de rana de Valiente, la bella y admirada Cristina, nada puede sostener mucho tiempo su atención, que vuelve recurrentemente al voluntario 537. Quizá él también está enfermo, no es normal preocuparse por un voluntario de ese modo. Tendrá que revisar sus métricas y descartar que tenga febrícula mental.

–¿Y usted, profesor Alcázar? –crao Valiente.

Galileo titubea un instante.

–Por supuesto, todo estará perfecto para la visita de la Presidenta Viuda.

Mol le lanza una mirada irónica. Galileo sabe que Valiente no tiene ni idea de Ciencia, es un burócrata designado por los políticos para dirigir la misión española. Ni siquiera vale para eso, pero es nieto del mayor industrial de la cocaína de España. “Valiente, maestros coccaleros desde 2025”. Mucha fama, pero es una cocaína burda, pastosa y de sabor vulgar. Sea como sea, el abuelo de Valiente invierte mucho en las campañas electorales del PPP, el partido en el Gobierno. Por eso su nieto tiene un buen puesto a pesar de sus nulos méritos. Todo perfectamente normal dentro de un sistema postcapitalista. Galileo no lo cuestiona: el Consejo de Sumos Científicos ha avalado muchas veces el Postcapitalismo, es tan sagrado como la Patria y la Ciencia. Solo cuestiona que el nepotismo sea un defecto del sistema ante el que se hace la vista gorda. Pero jamás lo diría en voz alta.

3

El voluntario 537 levanta la vista del suelo de la nave y ve al profesor Alcázar frente a él. Cuesta creer que ese tipo agradable pueda ser su carcelero y torturador, pero lo es, impasible, glacial. Aun así, cree intuir en su mirada un resquicio de empatía.

–Voy a cambiarle la medicación –dice Galileo.

–Déjeme ir, por favor –el voluntario vuelve a clavarle esos ojos oscuros y Galileo siente removerse algo dentro de sí, como si los ojos del 537 fueran más humanos, más poderosos o más vivos que los del resto de las personas con las que se cruza a diario. Solo Pitágoras Farfalle y su hija Célula tienen esa mirada.

–No puedo hacer nada, firmó usted un contrato, voluntario 537.

–Me llamo Newen –vuelve a mirarle a los ojos. Hace años que nadie mira ya de esa forma, Galileo tan solo tiene vagos recuerdos de su infancia. A Galileo le pilló por sorpresa escuchar el nombre del voluntario 537. Los voluntarios no deben dar ningún dato personal mientras dure su contrato, pero Newen aprovecha la estupefacción de Galileo y continúa: –soy tehuelche, los argentinos me capturaron en una escaramuza en la frontera. Yo no quería trabajar aquí, pero no me dejaron otra opción, era esto o la prisión militar. Sé que no estoy bien, sé que voy a morir, puedo verlo en sus ojos, profesor. Déjeme morir con mi gente, se lo ruego.

Galileo no sabía que entre los voluntarios había prisioneros de guerra. Pero ni por un momento piensa que le esté engañando. Galileo está impresionado por la valentía del voluntario, por su historia, por su mirada especialmente. Sabe que no puede dejarlo marchar, va contra todas las normas, pero algo dentro de sí le dice que eso sería lo justo. Galileo está muy confundido. Newen lo percibe.

–Déjeme escapar, nadie sabrá que me ayudó.

–Aunque quisiera, no podría. Le desconecto de su posición y ¿después qué? ¿Cree que le van a dejar salir tranquilamente por la puerta?

–Hay otra salida. En las profundidades de la base.

–¿Cómo lo sabe?

–Mi padre luchó en la Tercera Guerra Mundial. Estuvo prisionero aquí. Elgor era una base militar entonces. Se lo ruego, desconécteme y yo encontraré el camino hasta esa puerta.

–Es una locura. ¿Cómo justifico que se ha desconectado de su puesto? No, no puedo hacerlo, lo siento.

Newen empieza a moverse, a tirar de la sonda rectal, aullando de dolor.

–¿Qué hace? ¡Va a destrozarse el ano!

Galileo se abalanza sobre Newen para tratar de impedir que se arranque la sonda.

–¡Suélteme!

Un indicador luminoso comienza a parpadear en el cubículo.

–¡Ha estropeado la sonda!

Galileo está indignado porque Newen ha roto material del proyecto. Consulta en intermind el protocolo a seguir: hay que sustituir la sonda. Por lo tanto, hay que desconectar al voluntario.

–¡Deténgase, Newen!

–¿Va a soltarme?

–El protocolo lo exige.

Galileo está alterado, no piensa con claridad. No sabe si está haciendo bien o mal. Solo sigue el protocolo. Desata a Newen de las correas que le inmovilizan. Con cuidado, manipula la sonda rectal para liberarle. Newen sangra abundantemente. Aun así, se pone de pie e intenta dar un paso fuera del cubículo, pero Galileo se interpone.

–No puede irse en este estado. Se desangrará.

–Prefiero morir en libertad.

Galileo sigue magnetizado por la mirada de Newen. Le sorprende su franqueza, su humanidad. El protocolo dice que debe curar el ano del voluntario antes de insertarle la nueva sonda.

–Por favor, póngase este apósito. Le ayudará a cortar la hemorragia. Tengo que curarle.

Newen se aplica el apósito, cierra por abajo el mono gris que lleva puesto, agarra la sonda anal que acaban de quitarle y le arrea un latigazo a Galileo.

–¡Qué hace? –Galileo se sujeta la mejilla dolorida. Un hilo de sangre se dibuja en su piel blanca.

–Le devuelvo el favor. Gracias, profesor.

Newen mira de nuevo a Galileo. Sus ojos sonríen por primera vez, llenos de esperanza. Pero Galileo no tiene mucho tiempo para recrearse en ellos. Newen da media vuelta y sale corriendo hacia el fondo del pabellón.

–¡Eh, qué hace? ¡Vuelva! –grita Galileo.

Pero Newen ya se aleja entre los cubículos, corriendo lo más rápidamente que puede. Galileo se queda unos segundos inmóvil, sin saber qué hacer o qué pensar. ¿Por qué le ha dado las gracias? ¿Cree que le ha liberado voluntariamente? ¿Lo ha hecho? Justo en ese momento, Mol Pijuán aparece junto a él.

–¿Qué ha pasado?

–El 537 ha huido. Me ha atacado con la sonda anal.

Mol mira enfurecida a Galileo. No dice nada, pero sus mejillas se ponen muy rojas de repente. Ve la herida que tiene en la cara, ve las correas, la sonda... Mol saca un arma de su cinturón.

–Vamos tras él. No puede escapar.

Sin pensarlo, Galileo echa a correr detrás de Mol. Va a matar a Newen. Tal vez él pueda impedirlo.

–¿Seguro que sabes por dónde vas? –dice Célula, riendo.

–Me crié en estos campos –le responde Pitágoras con una sonrisa de oreja a oreja.

Ambos avanzan por la pradera, montados en sus vacallos. Los campos se extienden, llanos a excepción de algún pequeño cerro, hasta el horizonte, repletos de hierba tostada por el verano austral. Al fondo se ve una manada de guanacos. Célula mira a Pitágoras, ojos negros, piel canela, su espalda amplia, recta sobre la montura. Realmente pertenece a esos campos del Sur de Argentina tanto como la hierba o los guanacos.

–Mirá, ahí se ve –Pitágoras le señala algo a lo lejos.

–¡Vamos! –Célula, entusiasmada, hace galopar a su vacallo.

–Eh, esperá –le grita Pitágoras –¡No querés caerte en ese agujero! –y galopa detrás de la chica.

El pelo rubio de Célula ondea al viento y su espalda ágil y flexible rebota en la grupa de su montura. Pitágoras sonríe, le gusta que sea diferente a él, tan pálida. Puede oler la fragancia de su cabello cabalgando tras ella. Célula frena y Pitágoras llega a su lado.

–Es impresionante –dice Célula.

–Sabía que te iba a gustar.

–No me gusta. Me interesa –rectifica, muy seria.

–Rubia, que no estamos en clase de Método –Pitágoras ríe y la hace reír.

Ante sus ojos se abre una enorme concavidad en el terreno, un socavón gigantesco, como el cráter de un meteorito.

–¿Y esto lo hicieron en la época del fracking?

–Eso me dijo mi papá. Sacaron todo el combustible que había debajo y el terreno se hundió.

–¿Y por qué no crece la hierba?

–El suelo está lleno de contaminantes: ácido sulfhídrico, radón...

–Moreno, que no estamos en clase de Química –Célula le mira con sus ojos verdes y risueños. Pitágoras se ríe, aparentando seguridad, aunque se derrite bajo los rayos de la ninfa.

–En realidad, estamos aquí para hacer un trabajo de Historia, no lo olvides.

–No lo olvido.

–Tenemos que ir registrando todas estas observaciones en intermind o podrían decir que nos estamos escapando de clase. Vení.

Pitágoras se baja de su vacallo.

–¿Adónde?

–¿Adónde? Al agujero.

–¿No es peligroso?

–Confía en mí.

Célula contempla a Pitágoras, su cuerpo fuerte, moreno, su camisa abierta mostrando su pecho incipientemente velludo, su sonrisa blanca y enorme bajo sus ojos negros y amables... En ese momento no es capaz de pensar que exista ningún peligro en el mundo. Simplemente ve a Pitágoras descendiendo por un estrecho sendero de tierra abierto al borde del cráter y va detrás.

Es fácil seguir el rastro de Newen: un reguero de sangre que a veces es muy claro y en otros tramos parece evaporarse. Gotitas rojas y marrones. Pero Mol Pijuán detecta el rastro, por mínimas que sean las gotas, como un perro de caza. Casi parece que lo huele.

Galileo y ella salen del pabellón de los voluntarios y recorren un largo pasillo de servicio lleno de puertas metálicas. Hay poca visibilidad, solamente una luz de emergencia azulada y metálica que se cuele entre la pared y el techo. Mol avanza rápidamente, como si viera en la oscuridad. Galileo la sigue, tratando de acostumbrarse a la penumbra.

Mol se detiene frente a una de las puertas. El rastro termina ahí. La comandante busca en intermind cómo abrir ese tipo de puerta. No es una puerta electrónica, es antigua, puramente mecánica. Acciona una palanca y la abre. Casi se cae,

porque tras la puerta hay un foso muy profundo y unas escaleras verticales. La luz en ese recinto es más débil todavía: unos arcaicos leds incrustados en la pared.

–Ha bajado por aquí. Vamos.

Mol y Galileo bajan por la escalera lo más rápido que pueden. No tardan mucho en llegar ante otra puerta de metal. La cruzan y ven el reguero de sangre en el suelo y un pasillo excavado en roca, con puertas de hormigón. Se miran extrañados. Nunca han visto una zona como esa en la base Elgor.

Tratan de buscarlo en intermind, pero la señal llega muy débilmente. Es una sensación rara: no poder conectarse a intermind para saber dónde están. Pero la señal no llega con la suficiente potencia para darles la respuesta, tal vez sea la profundidad o los muros de roca... el hecho es que están casi desconectados.

Mol sigue el rastro de Newen. Otra puerta metálica, otro túnel, otra escalera. Llegan a un corredor demasiado bajo para que una persona pueda estar de pie. ¿Un conducto de ventilación, una canalización de servicio? Hay cables, cañerías y rejillas que dejan pasar débiles luces.

Mol y Galileo se asoman por una de ellas. Galileo no puede evitar agarrar fuertemente el brazo de Mol. Ante sus ojos, turbinas, motores, generadores... viejos mecanismos operados por combustibles fósiles, funcionando a toda máquina. Y ese olor, ese inconfundible olor a petróleo. Galileo no da crédito a lo que ve, pero no hay otra explicación posible: a pesar de la moratoria, en la base Elgor están produciendo energía prohibida. A Galileo le tiemblan las piernas. ¿Y su proyecto científico? ¿No es más que una tapadera? ¿Sabe esto el gobierno de España?

No tiene tiempo de pensar más en ello. Pijuán le hace un gesto y se mueve sigilosamente hacia una trampilla que está abierta y manchada de sangre. Galileo la sigue, abren la trampilla, se agachan y entran en un largo pasillo lleno de unos tubos que emiten un ruido ensordecedor. Se apresuran para dejarlos atrás, llegan a una puerta y descubren un ascensor.

–Está ahí.

El ascensor está en funcionamiento. Newen está subiendo o bajando a algún lugar de la base. Tienen que esperar.

–¿Usted sabía que la base era tan grande? –Mol pregunta con tono marcial.

–Sabía que fue una base militar en la Tercera Guerra Mundial, y después una base extractora de combustibles fósiles... pero no que tenía tantos pisos hacia abajo, y menos que producía energía...

–¡Silencio! –le corta Mol –¿Ha oído eso?

Galileo escucha. Al principio no oye nada, pero de pronto le sobresalta un alarido monstruoso, como un animal herido, o una persona torturada cruelmente.

–¿Es él? –pregunta.

–No. Viene de ahí –Mol señala hacia una puerta que hay al fondo, una puerta de alta seguridad sellada electrónicamente.

Otro grito, casi un rugido, más espantoso que el anterior, les vuelve a helar la sangre.

–¿Qué es eso? –Galileo está desconcertado.

–No lo sé. Pero no puede ser una persona.

–¿Qué animal grita así?

El ascensor emite un sonido. Newen ha llegado a su destino. Mol se abalanza sobre el mecanismo de control y llama al ascensor.

–¿Adónde vamos? –pregunta Galileo.

–No podemos dejarle escapar.

–Lo siento, comandante Pijuán. Su sonda se averió. Según el protocolo tenía que liberarle.

–Lo sé. Pero si no lo detenemos, Valiente nos mandará de vuelta a España. Nos juzgarán por traición y nos mandarán a trabajar a los invernaderos.

–¿Qué importa eso? Denunciaremos la verdad. ¡La base está extrayendo petróleo!

–No comente eso con nadie, ¿me oye?

–¡Es ilegal! No solo eso, es inmoral, va contra los principios de la Ciencia misma. Es intolerable.

–Tiene razón, profesor. Pero déjeme que hable con mis contactos antes de hacer nada. Créame, nos irá mejor si somos prudentes. ¿O quiere terminar trabajando en un casino de Alicante?

Galileo se queda sin palabras: sabe lo duro que puede ser. Sus padres eran prostitutas en un complejo turístico de Murcia. Trabajaron tanto, se sacrificaron por él para que pudiera ser científico. Juró delante de sus cenizas que siempre obraría de un modo escrupulosamente ético y ahora que ha descubierto que la base extrae petróleo...

El ascensor llega y se abre. Mol y Galileo entran y lo accionan.

–¡Estamos bajando!

La base Elgor está en lo alto de un acantilado de una altitud pavorosa, dominando el océano en el confin de la provincia Austral de Argentina. Galileo podía suponer que la base tenía alguna planta más excavada en la roca, pero esto supera todo lo imaginable. ¿Hasta dónde llegará ese ascensor que baja y baja, cada vez más, hacia el fondo del acantilado?

–¿Va a matarlo? –pregunta Galileo.

–Haré lo que sea necesario, por el bien del proyecto y de España.

–Creo que puedo curarle para que vuelva a trabajar. ¿Podría sedarlo?

–¿Por qué se preocupa tanto de ese indígena?

–Él no me importa. Es por la Ciencia.

–¿No será usted homófilo?

–¿Yo? –Galileo se echa a reír –. Mis padres me seleccionaron genéticamente, no tengo defectos.

–Vaya, debían de ser muy acomodados.

–No, pero eran unos prostitutas muy reconocidos. Todo lo que ganaron lo invirtieron en mí. Seleccionaron mis genes, pagaron mi educación.

–Se sacrificaron, ¿no?

–Para que yo pudiera ser científico, sí. Se sacrificaron a los cuarenta.

–Los mismos que tiene usted ahora, ¿no?

Galileo no responde, solo asiente, pensativo. El ascensor sigue bajando.

–¿Usted está seleccionada genéticamente?

–No, mis padres no pudieron ahorrar tanto. Pero en el ejército me hicieron un injerto genético.

–¿Sí? Qué interesante... ¿De qué animal?

–Eso es información confidencial –dice Mol, tajante.

Galileo baja la mirada. ¿Está flirteando con él? Es extraño, porque Mol tiene que estar asexual como todo el mundo, ¿qué impulso podría llevarle a flirtear con él? ¿Un intento racional de emparejarse para la reproducción? Si él ya se casó, enviudó y procreó, ¿por qué habría de emparejarse de nuevo? Sea como sea, si vuelve a detectarlo, debe cortar esas fantasías inapropiadas de raíz.

El ascensor continúa su interminable descenso. Mol aprovecha el silencio para observar a Galileo. Efectivamente, es un hermoso ejemplar de macho español seleccionado genéticamente: rubio, cabello ensortijado, ojos azules, piel clara, dientes perfectos, de complexión fuerte pero atlética, velludo, supra-inteligente y cien por cien heterófilo. Podría casarse con él... Una militar y un científico podrían tener unos hijos con futuro.

El ascensor se detiene, sus puertas se abren, la fantasía reproductora termina. Están en una encrucijada. Tres túneles distintos, excavados en la roca, se abren ante ellos. Mol busca el rastro del voluntario. Hace un gesto a Galileo para que guarde silencio y avanza cuidadosamente por uno de los túneles, sin otra luz que unos desfallecidos puntos led

incrustados en la pared rocosa, muy separados para iluminar el túnel pero suficientes para ir marcando el trayecto. La mayoría del camino lo hacen a oscuras, Mol guía y Galileo la sigue, tomado de su mano. Así llegan a otra vieja puerta, metálica y mecánica.

–¿Cómo se abre esto?

–Gire esa manivela –dice Galileo –. Creo que es un mecanismo hidráulico.

–¿Qué?

–Historia de la Ciencia. Confíe en mí. Es antiquísimo pero debería funcionar.

Mol gira la manivela y la puerta se abre. La luz solar les ciega durante un momento y el viento les azota con una ráfaga de frescor marino. Cuando se acostumbran a la claridad, se dan cuenta de que la puerta se abre en el mismo acantilado, en el vacío a muchos metros sobre el mar. Un estrecho camino excavado en la pared vertical sale de la puerta y continúa bordeando el acantilado hasta perderse en el horizonte. Ven un pequeño punto gris alejándose por la cornisa: es Newen.

–¡Está ahí! Vamos –dice Mol. Decidida, echa a andar por el estrecho sendero.

Galileo tiene miedo, pero la sigue. El camino es muy angosto, tienen que caminar con la espalda pegada a la roca, evitando mirar al abismo, intentando no tropezar.

Avanzados unos metros, Galileo siente vértigo, se arrepiente, duda, piensa en volver, pero mira a Mol y la ve tan decidida a matar a Newen que aprieta todos los músculos y continúa. Sin pensar, sin mirar abajo. Intenta concentrarse en el camino, en la colocación de sus pies. El viento le trae la frescura del mar, es agradable.

Las vistas desde allí son impresionantes. El océano se extiende a sus pies, majestuoso, brillante. El cielo está lleno de aves marinas que vuelan según un complejo modelo matemático aparentemente caótico pero perfectamente organizado. El aire está lleno de sus ensordecedoras voces...

Galileo tropieza, se aferra a la pared con las manos. Solo ha sido un susto. Mira hacia abajo instintivamente, comprobando que sus pies están firmemente asentados dentro de la cornisa. No puede evitar asomarse al abismo. A muchos metros, demasiados, puede ver la base del acantilado, una estrecha playa rocosa donde rompen las olas, llena de fócidos. ¿Son lobos marinos? No, son elefantes marinos, aunque es difícil estar seguro desde esa altura. Mirounga leonina. Enormes, maravillosos ejemplares, viviendo felices en completa libertad, ajenos al mundo, en su playa del Atlántico Sur.

Galileo sale de su ensimismamiento. Mol está lejos de él, muchos metros por delante en el camino. Mira a su derecha: la puerta metálica de la base casi no se distingue. Mira a su izquierda: Mol es pequeña, Newen ni se ve. Está solo en medio del acantilado, azotado por el viento. Sería tan fácil dejarse llevar y volar como las aves. ¿Por qué piensa eso? ¿Por qué en su mente de científico se ha colado ese pensamiento autodestructivo, irracional e insidioso? Volar, caer, morir. ¿No sería eso la verdadera libertad?

Célula y Pitágoras llegan hasta una cueva que se abre en la pared del enorme socavón. A sus pies, una desolación de rocas rotas, charcos, montículos de hierbas mustias, flores tristes, raras y feas, mutantes, como de otro planeta. Sobre sus cabezas, la roca destrozada por las generaciones pasadas forma un arco que les protege del sol y el viento.

–¿Por qué me has traído aquí? –pregunta Célula.

–Buscalo en intermind.

Célula intenta conectarse pero no encuentra la respuesta habitual. En su mente solo hay silencio, vacío.

–No llega la señal –Célula está maravillada.

–Por eso te traje.

Célula, emocionada, se abraza a Pitágoras. Siente su pecho latiendo con fuerza, vivo, animal y sus pezones se ponen duros bajo la blusa al sentir el contacto de su piel caliente. Pitágoras huele a carne asada.

–¿Cómo te sentís, Lulú? –le pregunta, bajito, y Célula nota su aliento tibio en el pelo.

–Mejor que nunca en mi vida –contesta Lulú, porque en sus brazos no es Célula, es Lulú.

–A veces vengo aquí y desconecto. Así es como empecé a pensar por mí mismo.

–¿Por qué no me lo habías dicho antes?

–Tenía miedo de que no te gustara o que se lo contaras a mis papás.

–Tus padres son más comprensivos que el mío.

–Ya, pero no tanto como para aceptar que sea neonatural.

–¿Por qué estará prohibido ser neonatural? ¿Qué puede haber de malo en integrarse con la naturaleza o desconectarse de intermind?

–Escapas a su control. Eso es lo que no quieren. Pretenden que todos seamos postcapitalistas, asexuados, cientifistas. No permiten que nadie piense diferente.

–Pues escaparemos juntos, moreno. Tú y yo solos. ¿Sí?

–¿Cómo?

–Ya veremos cómo.

Célula mira a Pitágoras, decidida, poderosa, resplandeciente. Se siente la dueña del mundo, reflejada en esos ojos negros. Sin pensarlo más, estira el cuello y besa a Pitágoras, toma posesión de esos labios carnosos, de esa boca generosa. Siente los brazos duros de Pitágoras rodeándola y su erección creciendo pegada a su vientre. La sangre le recorre el cuerpo, revolucionada.

–¿Qué te pasa en el pene?

–Tranquila, es natural. Es lo que pasa cuando un hombre quiere sexo.

–¿Y se supone que lo tengo que poner dentro de mi vagina? ¿No será mejor cuando esté blandito?

Pitágoras se separa de pronto. Célula le mira a los ojos, su piel blanca ardiendo, enrojecida.

–¿Qué haces?

–Si sigo besándote, no voy a poder contenerme.

–Pues no te contengas.

–No lo entendés, Lulú. Dejaste de tomar el inhalador antisexual.

–Por eso te deseo - susurra, arrebatada.

–Y yo a vos... pero podés quedarte embarazada.

–Eso es imposible, tonto –ríe Célula –. No tenemos dinero para ir a una clínica y pagar un embarazo. Además, somos muy jóvenes.

–Lulú, es el inhalador el que evita que te quedes embarazada, y dejamos de tomarlo hace días. Si hacemos sexo, podés quedarte embarazada y el bebé se gestaría en tu propio vientre. Lo borraron de todos los documentos, pero es así como se reproducían los antiguos.

Célula se queda boquiabierta.

–¿Y si vuelvo a tomar el inhalador?

–Ya no podrás quedarte embarazada, pero tampoco tendrás deseo de sexo. Escuchame, tenemos que pensar bien qué vamos a hacer, no podemos hacer las cosas a la ligera. ¿Tú me amás, Lulú?

Célula asiente en silencio, borracha de ojos negros.

–¿Querés que seamos neonaturales? Tendremos que escaparnos.

–¿Adónde?

–A las montañas. Allá hay gente como nosotros. Viven alejados del control gubernamental. Eso se dice, porque nadie los vio ni sabe exactamente dónde están.

–¿Y si no los encontramos? ¿Y si no existen?

Pitágoras la mira sin decir nada. Parece pensar su respuesta.

–Se está haciendo tarde –Pitágoras se pone serio de repente, ¿se habrá enfadado? –Tenemos que volver, vamos.

Pitágoras sale de la cueva y vuelve por el sendero. Célula le observa mientras camina: hay una armonía tan natural en su espalda, en sus piernas, su culo musculoso... solo mirando la perfección de sus proporciones, Lulú vuelve a sentir un hormigueo embriagador en toda su piel. A la vez, tiene miedo por todo lo que acaba de saber. Tiene miedo, pero le gusta. Está excitada por la revelación, por la naturaleza, por Pitágoras y su carne palpitante. No puede pensar con claridad. Solo tiene ganas de correr, de escapar, de matar a quien se ponga en su camino, de practicar el sexo como una leona, aun sin saber cómo se hace. Así que esto es el amor, piensa. ¡Esto es el amor!